



"Nunca he trabajado para ser reconocido —comentó el artista desde su casa, en Lámpa—. Lo hago con gusto, porque es mi destino y he aprendido mucho haciendo clases. El que más aprende es el que enseña. Este premio me emociona y estoy muy agradecido del jurado, de mi familia, de mis alumnos y de Dios".

J. JOUANNE

# Distinguido un Maestro de Pintores

- La consistencia de una trayectoria artística parece haber sido la motivación unánime para el jurado que concedió ayer el Premio Nacional de Artes Plásticas a Rodolfo Opazo.

Una sorpresa para muchos resultó la adjudicación del Premio Nacional de Artes Plásticas al pintor y por muchos años docente de la Universidad de Chile Rodolfo Opazo Bernaldes (1935). Pese a ser poseedor de un lenguaje original y una trayectoria artística incuestionable, su nombre aparecía silenciosamente en una larga lista de talentos ya inscritos en la historia, entre ellos Germán Arestizábal, Roser Bru, Eduardo Vilches, Matilde Pérez, Ramón Vergara Grez y —quien se veía como favorito— Mario Toral.

Sin embargo, el jurado en forma unánime decidió resaltar "la calidad y trascendencia de su obra, la originalidad y la influencia que ella ha ejercido en las nuevas generaciones, además de su proyección en el campo internacional del arte". La sucinta redacción de esta acta final no deja lugar a dudas, y quizás si algo hay de impredecible en este triunfo, tiene alguna relación con el bajo perfil y la carrera silenciosa que ha preferido mantener este artista en más de 4 décadas de trabajo:

"Nunca he trabajado para ser reconocido —comentó desde su casa, en Lámpa—, lo hago con gusto porque es mi destino y he aprendido mucho haciendo clases. El que más aprende es el que enseña. Este premio me emociona y estoy muy agradecido del jurado, de mi familia, de mis alumnos y de Dios".

Vigente en el circuito pictórico desde los años 50 y con una figuración muy característica, Rodolfo Opazo ha

mantenido una particular autonomía respecto de tendencias y giros del entorno plástico; su pintura incluso ha sido tildada de "hermética", sin embargo fue capaz de transmitir por varias décadas esa impronta a sus alumnos de la Universidad de Chile y ha proyectado una presencia internacional, quizás debido a la universalidad de su propuesta. "Es un pintor de imágenes interiores y muy fuertes —dice José Balmes, quien integró el jurado—... viene de una cierta rama del surrealismo a la cual él añade una personalidad y originalidad que hacen su lenguaje vigente, nuevo, rico, poético y con una gran profundidad y fuerza".

También formó parte del equipo seleccionador el pintor Gonzalo Cienfuegos, quien a pesar de sumarse a la unanimidad, consideró a ésta una dura tarea, entre tantos nombres destacados: "Fue difícil porque los matices que hay entre uno y otro son a veces muy débiles, todos eran

importantes. Espero que no me toque otra vez ser jurado. En Opazo destacó la originalidad. Él ha construido un mundo, una iconografía adscrita al surrealismo de una gran poesía. Para mí es casi un pintor-poeta. Las asociaciones, las evocaciones que hace desde la reflexión, desde su sensibilidad y su cultura se traducen en una obra realmente sorprendente, muy lírica".

Mario Toral reconoció que "es un premio muy merecido. Es un artista con una trayectoria absolutamente coherente en torno a imágenes que él siempre ha ido enriqueciendo, dándole un mayor sentido. Trabaja en un mundo con una fuerte herencia surrealista, pero moderna. Entre espiritual y erótica. Su obra es tentacular, con muchas ramificaciones hacia distintas gamas del conocimiento".

"Este es un triunfo para la Universidad de Chile", comentó Francisco Brugnoli, director del Museo de Arte Contemporáneo. "El haber sido docente de nuestra facultad lo hace muy especial, porque en momentos difíciles mantuvo lo mejor de su tradición en cuanto a la originalidad y la aventura del pensamiento".

Rodolfo Opazo jubiló a principios de los años 90 y de alguna manera Brugnoli ha venido a asumir ese vacío, tomando a

su cargo los talleres de cuarto año.

En abril de 1999, Opazo presentó sus obras recientes en la Galería de Tomás Andreu, quien también quiso sumarse a las felicitaciones: "Aquí se está premiando un trabajo construido en años. Su imaginario es de enorme significación en tanto que son espacios de investigación en el marco de interrogantes sobre nuestro origen y destino. Sus preocupaciones son ontológicas y quedan claramente registradas en las figuras blancas que habitan sus espacios poéticos. En los últimos 40 años, sin distracción, ha mantenido un rumbo en estas problemáticas, siempre proponiendo nuevos cruces a los principios básicos de su pintura. Por la historia reciente han pasado movimientos, como ocurrió con el formalismo, la búsqueda de otros géneros y la incorporación de medios tecnológicos. Pero su labor siempre ha sido imperturbable y rigurosa. Creo que eso se debe a algo vocacional, en el sentido de una definición de trabajo. Se mantienen las mismas condiciones de austeridad. Si revisamos sus orígenes, fue un cuerpo de obra muy precoz y por lo mismo tuvo siempre esa proyección internacional. Sus pinturas siguen circulando y expone regularmente en otros países".

## Un Premio Reciente

Sólo desde 1985 se entrega el Premio Nacional en el área de las artes visuales.

El primer merecedor de este galardón es el pintor Israel Roa, perteneciente a la generación del 40.

El gran Roberto Matta lo recibe en 1990.

En 1993, al selecto grupo se integra Sergio Montecino, uno de los que enriquecieron el lenguaje de la pintura con nuevas gamas cromáticas alterando la perspectiva espacial y acentuando la presencia táctil del material.

El año 1995 el premio le corresponde a la escultora, Lily Garafulic, también proveniente de la generación del 40 y una de las encargadas de llevar una estética del volumen al espacio público.

En 1997 otro escultor, Sergio Castillo, se hace acreedor del cotizado galardón.

Finalmente, en 1999, el pintor español José Balmes es reconocido por su aporte al desarrollo de nuestra visualidad contemporánea y por su compromiso con la temática nacional.